

# “Tanto amó Dios al mundo”

## “Tanto amó Dios al mundo”



“Y el Verbo se hizo carne...” y ¡enmudeció de admiración el universo!...Solo los ángeles, en esa noche invernal punteada de estrella rutilantes, salen en coro a cantar:”!Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor”! En esa noche, esa pequeña y humilde aldea de Judea, de donde había salido el rey David, se transforma, sin que nadie lo sepa, en la “*caput mundi*”, en contraposición a la soberbia Roma y a todos los imperios por venir. Belén, es la Ciudad de donde le viene al mundo su Rey y Señor, cuyo reinado y señorío, de allí en adelante, cuestionara todo liderazgo y toda autoridad mundana. El Hijo de Dios se encarna, toma una segunda naturaleza, la humana, por Él creada “en el principio”, junto al Padre. No hay mente humana que entienda este misterio, ni corazón capaz de latir en concordancia armónica con esa máxima oferta de Dios a la humanidad:”Tanto amó Dios al mundo, que le dio a su hijo Unigénito, para que quien cree en Él no perezca, sino que tenga vida eterna” (*Jn* 3,16)San Pablo, en la carta a los Filipenses,

transido de asombro y anonadado por este misterio, exclama: “Cristo, a pesar de su condición divina no hizo alarde de su categoría de Dios. Muy por el contrario se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, haciéndose uno de tantos...” Sí, uno tu y yo. Uno como el enfermo, como el ladrón, como el mendigo, como el condenado a muerte, como el rico, como el pobre, como el niño, como el feto, como el anciano o la anciana, como el hombre, como la mujer, como el homosexual, como el negro, como el blanco o el amarillo.Cristo, al tomar carne humana se unió y se identificó con cada uno de nosotros, los que pertenecemos, sea para gloria o para desgracia, a la raza humana.

Ortega y Gasset dijo que desde que el hijo de Dios se hizo hombre, ser hombre es lo máximo que se puede ser: “Poco inferior lo hiciste a los ángeles, lo coronaste de gloria y dignidad, todo lo sometiste bajo sus pies” (Sal 8).

La carne humana, asumida por la segunda persona de la Santísima Trinidad, quedó transida de gloria y honor. Dios se hace hombre ¡para que el hombre se haga Dios por participación! Mayor dignidad, ¡imposible! Navidad es, entonces, la *fiesta del hombre*, ¡es más que bambalinas y manjares! Es más que regalos y colas en los *mall*. Navidad es revivir y retomar conciencia del misterio de la Encarnación en toda su grandeza y significación para la raza humana y para el futuro del hombre. Navidad es la fiesta de la vida como don supremo y como misión a realizar en el amor, en la disponibilidad, en la apertura y el servicio a los demás, en el compromiso por la justicia y la paz en el corazón, en la familia, en sociedad y en el mundo. He visto circular por ahí unas calcomanías que nos recuerdan que “Jesús es la razón de estas fiestas”. Haremos bien entonces en poner al centro de nuestra vida al Hijo de Dios hecho hombre, que por pura compasión hacia nosotros, dejó la felicidad del cielo para venir a involucrarse con nuestros desvelos, nuestra dolencias, nuestras carencias y hasta nuestra muerte, ¡una muerte de cruz! Dios, al darnos en regalo a su Hijo amado, no nos liberó del sufrimiento sino que se hizo solidario con él, lo compartió todo, ¡menos el pecado! Lo que queda entonces es preguntarse honestamente: “¿Si Cristo hizo esto por mí, que he de hacer yo por Él? Es la pregunta que se hizo, y nos hace hoy a nosotros Ignacio de Loyola en sus Ejercicios Espirituales. El, Ignacio, ya respondió entregándole su vida al Señor en oblación de amor, porque “Amor, con amor se paga”. Ahora nos toca a nosotros: a mí y a ti. La Navidad es para eso: para entrar voluntaria y definitivamente en el circuito de Amor Trinitario que Jesús nos ha ofrecido. ¡Que así sea!

Feliz Navidad para todos mis lectores y mis radioyentes de “Familia en la mira”, por Radio Paz.



Por: María Ungredda